

# **LA CIENCIA POLITICA EN MEXICO: PAPEL Y DESAFIOS**

**Carlos Sirvent\***

El objetivo del presente artículo es apuntar algunas consideraciones generales sobre las limitaciones que la Ciencia Política como disciplina académica ha tenido en México, para pasar de ahí a plantear algunos de los principales desafíos que le esperan.

Para ello he procedido a delimitar primero el ámbito propio de la Ciencia Política como disciplina académica, para pasar en seguida a hacer un breve recuento del desarrollo de la Ciencia Política en México, que al lado de sus grandes contribuciones ha pasado por el formalismo y el esquematismo hasta desembocar en el momento actual, en el que debe enfrentar los retos que le plantea la crisis de la gran teoría social y de la ortodoxia y la crisis de la sociedad

## **El campo de la ciencia política**

Ante todo debemos delimitar el campo propio de la Ciencia Política como disciplina académica y universitaria, con el fin de no caer en el error de incluir en ella cualquier trabajo relativo a la política que además de llevarnos a un campo imposible de delimitar, confundiría las intuiciones y los escritos o acuerdos que en la administración pública sirven para apoyar la toma de decisiones, con los tratados y análisis que pretenden apoyarse en cierto rigor científico y en ciertos estatutos teóricos aceptados comúnmente en la Ciencia Política.

Algunos han pensado que la Ciencia Política es una disciplina puramente formalista, que tiene como objetivo elaborar principios, marcos rígidos de clasificación y esquemas que además de pretender imponerse con vali-

\* Director de la FCPyS, UNAM, en donde es también profesor e investigador.

dez de carácter universal supone la posesión de la verdad histórica e indiscutible. En esta posición están aquellos esfuerzos que se llevaron a cabo principalmente en la década de los setenta que intentaron inútilmente hacer teorías generales de los fenómenos particulares (Teoría de las Clases, del Estado) y hacer pasar como válida científicamente una u otra interpretación del mundo, sólo por el hecho de que se creía que encarnaba los intereses de alguna clase social preferida\*\*. Por esta vía se llega directamente a la Ciencia Política como la suma de elucubraciones teóricas sin contacto con la realidad social, con desprecio al dato empírico y con la exaltación del compromiso, entendido simplistamente como la fidelidad a una causa o como el comentario moral.

Para otros en cambio, la Ciencia Política debe situarse en una posición opuesta a la anterior, aderezando y sistematizando datos de la realidad social que se organizan a partir de una lógica espontánea, acudiendo en ocasiones a la intuición y apoyándose comúnmente en la historiografía.

En esta perspectiva, no es extraño escuchar que la Ciencia Política en México no se sabe hacer en los centros académicos, sino que los verdaderos politicólogos se sitúan en otras profesiones, haciendo pasar por análisis rigurosos las intuiciones de Monsiváis, los compromisos de Paz o las afirmaciones de Fuentes.

Aunque la capacidad movilizadora del simplismo esquemático sea útil para promover ciertas interpretaciones sobre la vida política en México, y aunque la riqueza y sugerencias emanadas de los grandes literatos mexicanos tengan un fuerte impacto político en el país, por fortuna ninguna de ambas posiciones constituye en rigor la disciplina de la Ciencia Política.

La Ciencia Política como disciplina académica trabaja como ciencia con ciertos estatutos teóricos, no es mera especulación desprovista de realidad, sino una reflexión crítica acerca de la misma, fundiendo el dato con el sentido del fenómeno político. Por ello, aunque en ocasiones la falta de rigor científico haya producido críticas agudas a las ciencias sociales en México, no deja de ser cierto que éstas se fundan en la aceptación de ciertos estatutos teóricos, de ciertas pistas e hipótesis que contribuyen a ordenar rigurosamente la realidad, para llegar con alguna certidumbre a afirmar ciertos rasgos y perfiles del fenómeno político. Tal vez en sus predicciones sea menos ambiciosa que el esquematismo de la gran teoría y menos bulliciosa que la filosofía espontánea de nuestros literatos, pero sin duda es más segura en sus análisis, más clara en los compromisos que supone y más profunda en sus observaciones.

## Desarrollo de la ciencia política

A partir de la delimitación que hemos hecho del campo propio de la disciplina de la Ciencia Política es prudente entonces pasar a preguntarse sobre su desarrollo y situación actual.

\*\* André Gorz en *Adiós al proletariado* (1981) plantea con excelente precisión la crítica a aquel marxismo que le atribuyó al proletariado una misión, a partir de un conjunto de reflexiones poco vinculadas con los acontecimientos históricos.

No pretendemos hacer una enumeración detallada de los trabajos en Ciencia Política que se han realizado, ni tampoco es posible presentar una sociología del conocimiento de la Ciencia Política, ello ha sido abordado anteriormente en diversos trabajos de investigadores mexicanos. Se destacan los elaborados por el maestro Pablo González Casanova y las historias de la Ciencia Política de Salvador Cordero, de Lorenzo Meyer y Manuel Camacho, en donde se hacen recuentos de lo que en distintos momentos los politicólogos han aceptado como estatutos teóricos.

Lo que parece pertinente en cambio, es hacer un recorrido general del desarrollo de la Ciencia Política suponiendo el soporte que da la lectura de los trabajos arriba mencionados.

Como acertadamente afirman Lorenzo Meyer y Manuel Camacho (“La Ciencia Política en México: su desarrollo y estado actual”, en: *Ciencias Sociales en México. Desarrollo y Perspectiva*. El Colegio de México, 1979, pp. 1-46) “hasta mediados del siglo los temas políticos, en la medida en que eran abordados académicamente en México, lo eran casi siempre por juristas o historiadores, las excepciones eran pocas”. Tal situación empieza a modificarse con la creación en 1939 del Instituto de Investigaciones Sociales y en 1951 de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Desde su aparición como disciplina y carrera universitaria la Ciencia Política acudió como fuente de inspiración académica a las experiencias de otras universidades del mundo y al apoyo de organismos internacionales que entonces impulsaban la creación de escuelas de ciencias sociales (*Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales No. 115-116, 1984, UNAM).

No escapaba entonces a los fundadores de la Escuela la necesidad y preocupación por articular en el plan de estudios el rigor académico y la discusión de los problemas del país. Por ello, aun con las singularidades y acontecimientos que han caracterizado el desarrollo de la Ciencia Política, se ha conservado desde entonces con constancia y tradición el esfuerzo por definir el campo de la Ciencia Política a partir de un doble impulso: el compromiso con la sociedad nacional y, el carácter plural y académico de su trabajo, que se plasma en la búsqueda de nuevos enfoques y en la lucha teórica.

A partir de los sesenta se inicia un nuevo momento en el desarrollo de la Ciencia Política. Se crean nuevas instituciones de investigación y docencia en Ciencia Política, llegan a sus direcciones los primeros investigadores formados y dedicados a las ciencias sociales, abriéndose el combate por definir nuestro objeto de estudio en contra del formalismo.

“Las materias históricas y legales se fueron convirtiendo de centrales en auxiliares y se procuró que el grueso de los cursos estuviera directamente relacionado a las carreras entonces impartidas” (*Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales No. 115-116, 1984, UNAM). El dato empírico cobró un lugar central, se desarrollaron las técnicas de investigación social y, paulatinamente la Ciencia Política fue entrando a un nuevo momento y viviendo el acontecimiento de su consolidación.

La revolución cubana primero, y luego el conflicto de 1968, marcaron —como ha dicho el maestro Pablo González Casanova— nuevos momentos para las ciencias sociales, nuevos temas de reflexión. Se avivó el interés por el estudio de las revoluciones latinoamericanas, por el carácter del Estado mexicano, al tiempo que en teoría prevalecía la discusión entre marxismo y estructural-funcionalismo.

Desde entonces, la Ciencia Política cobró un impulso y producción que la metió en nuevos acontecimientos. Se pasó por una etapa de mayor desarrollo teórico, apareciendo nuevas corrientes que nos situaron en medio de los grandes debates teóricos europeos, latinoamericanos y norteamericanos.

La década de los sesenta nos encuentra iniciando el diálogo con las encarnaciones de Louis Althusser que encontraban en la lectura de *El Capital* la vértebra para cualquier análisis articulado de la política. Llegan a México André Gorz, Marcuse y Mallet con nuevas estrategias obreras; J. K. Galbraith destapando a la tecnocracia y alegando contra el análisis de clases marxista; en El Colegio de México se instala un análisis emparentado con la sociología norteamericana que privilegia ciertos temas y técnicas que se verán reflejadas en sus estudios sobre cultura política y análisis electoral; las modas de Poulantzas o Gramsci, de Foucault o Habermas, todos ellos incrustándonos en el torbellino de una discusión nueva, de la que difícilmente podríamos a estas alturas hacer un balance, pero que nos llevó simultáneamente a una gran riqueza teórica y a la discusión de problemas y preocupaciones lejanas como si fueran propios, a confundir los estudios y conclusiones particulares con teorías generales y en fin, a la tentación de llenar de contenidos emanados de otras historias y otros espacios de interpretación de nuestra propia realidad.

No es de sorprender que bajo tales condiciones, cuando en Europa se cuestiona la validez científica de la gran teoría y se percibe un receso en la investigación social que se reúne a la llamada crisis del marxismo, se produce un fenómeno similar en México. La muerte de los grandes padres de la investigación social en otros países coincide justamente con la desaparición de los nuestros.

Bajo tales circunstancias, a más de 30 años del surgimiento de la Ciencia Política como disciplina nos encontramos en una situación paradójica en la que parece dibujarse el inicio de un nuevo momento.

Por un lado, contamos con una fuerte tradición de análisis político, una masa crítica de investigadores significativa, en condiciones de romper con el viejo esquematismo, formada intelectualmente en la mejor tradición de la teoría política o en el más riguroso análisis sociológico; por otro, nos encontramos sumergidos en la recesión producto de una doble crisis: la de las ciencias sociales y la del país.

### Problemas y perspectivas

La Ciencia Política carga hoy la fuerte influencia de un estilo de hacer investigación presente en algunas corrientes de la década de los setenta que consiste en la construcción de marcos de interpretación y de preocupacio-

nes que no dan cuenta de los grandes problemas nacionales, aunque intentan interpretarlos.

Hace aproximadamente ocho años, en un viaje que hicieron a México Cristina Buci-Glucksman, Ma. Antonieta Macciocchi y Etienne Balibar, los sorprendía el éxito que sus trabajos de investigación habían alcanzado en México, pues —como decía Balibar— eran libros que hacían referencia a la situación y las preocupaciones de sus propios países, no de otros como México. Sin embargo, aquí la lectura de tales textos en lugar de indicarnos pistas para la investigación y estimular la imaginación, trasladó y reprodujo las mismas preocupaciones como si fueran nacionales.

Esta evocación da pie a lo que quiero plantear como una de las grandes tareas de la Ciencia Política: la construcción de un análisis riguroso, con raíces en los grandes problemas nacionales.

Ello es factible plantearlo debido a que la Ciencia Política en México se encuentra inmersa en una doble crisis que mencionábamos arriba:

—La crisis en la sociología de los grandes esquemas teóricos, la crisis de la ideologización y del esquematismo, reflejada en la desconfianza de la capacidad explicativa de la gran teoría y,

—La crisis de la sociedad nacional, que se refleja en el desmantelamiento de la sociedad y en la pérdida de legitimidad y de capacidad aglutinadora de los proyectos nacionales vigentes.

La tarea de la Ciencia Política en México parece apuntar a la necesidad de una gran reforma en el plano de la organización y contenidos de la disciplina, que conduzcan a la construcción de objetos de estudio que den cuenta de lo nacional, con preocupaciones y enfoques nacidos de las circunstancias que el país vive.

La gran limitante ya no es el esquematismo o la ortodoxia que la crisis en las ciencias sociales ha enterrado definitivamente, es el desmantelamiento de la sociedad civil, la falta de interlocutores sociales, que nos conducen repetidamente a dialogar únicamente con el Estado y a encerrarnos en opciones políticas desgastadas.

Hoy, la Ciencia Política está en un momento crucial: o empieza una época intelectual a partir de la cual contribuya a inventar el país nuevo de la crisis, o se reduce a una concepción marginada del futuro, e incrustada en el presente como aval esquemático de una organización política que en realidad no requiere de su reflexión.

Sólo en la medida en que la Ciencia Política en México haga un balance objetivo de los temas y enfoques que la constituyen, de su impacto y articulación con la sociedad, será factible acabar con el desdén al trabajo académico y fortalecer las instancias del debate académico, como el lugar más confiable y el reservorio de una nueva discusión crítica de los grandes problemas nacionales.